

**OLIVEROS, ALEJANDRO (2005). POEMAS DEL CUERPO Y OTROS. CARACAS:
FUNDACIÓN BIGOTT.**

Reseñado por Leopoldo Plaz
Universidad Central de Venezuela
leopoldoplazaleman@hotmail.com

El cuerpo, el finito, firme como efímero, merece un escucha. Más que servir como heraldo de los sentimientos que invaden a cada órgano para denunciar la alegría en forma de taquicardia, o la angustia en forma de estrechez, el cuerpo porta y actualiza los signos del tiempo. Por esto, quizás a partir de algún momento hay que registrar los ritmos del cuerpo, atender sus pronuncia-mientos. Él puede ser el mejor de los puentes o el peor obstáculo.

Ese que aspira a ser percibido, el cuerpo, se realiza en la percepción ajena, pero también, y primeramente, en la propia. Los "Poemas del cuerpo" procuran hablar de esta última en buena solfa y sin excesos, también sin acompañante. No es usual que el espectro material del alma, su corporeidad, sea ilustrado en la soledad. Esta vez sí, es la ilusión de la simetría entre cuerpo y reflejo: éste es "la compañía / preferida del cuerpo. Hablan / como viejos amigos" (p. 9). Unos y otros abordajes del cuerpo sin sinónimos esbozan una amplia mirada, exenta del horror ante el doble y de la pasión encarnada. Es una asunción del personaje que reconoce que el cuerpo es el portador del alma y del tiempo, aunque no sea el titular.

Y es que si el Alejandro Oliveros, que ha escrito y publicado sus diarios literarios durante distintos años y alientos, leyese al Alejandro Oliveros de su más reciente libro de poemas, y en especial los ocho de la primera sección: "Poemas del cuerpo", probable-mente establecería una relación con el tópico del *tempus fugit* y además con el celebrado W. H. Auden, cuyo poema "No, Platón, no" traduce y comenta generosa-mente: "Si hay algo / que no quisie-ra ser / es un espíritu desencar-nado" o "la existencia sin los dones de la sensualidad no vale la pena" (*Diarios literarios*, 1999: 42, 43). Este Oliveros leería a su homónimo poeta detectando la somatización del tiempo que se cuela entre los versos. Advertiría que el tono del monólogo dramático que dirige a su propia alma en la sección "Otros" (del mismo poemario) es análogo a la voz que dedica su decir a la espalda, a las manos, a

“las líqui-das vocales de sus labios” (p. 18). ¿Qué hace que un hombre voltee hacia su cuerpo? Preguntaría. Además, él sabría la respuesta veraz.

De ambos Oliveros (nunca escindibles) se percibe lo mismo: el escritor se sienta en la tradición que lo ha seducido y convencido para conferir el mismo premio que el poeta celebra leyendo y escribiendo por igual. Él procura perpetuar la literatura, no perpetrarla. Lo procura y (nos) confía al poema su tarea comuni-cativa y sensible... su decir. Siempre atento, el poeta nos trae una poesía heredera de una tendencia que su maestro Ezra Pound exigía: equilibrio entre lectura y vivencia (*El ABC de la lectura*, 1977). Oliveros esgrime que es poco lo que se vive y menos lo que se recuerda, por eso (se) escribe.

La segunda sección del libro se llama “Imitaciones”, un modo de connotar la influencia y el respeto hacia los autores griegos seleccionados, que inevitables parecen. Un poco más libres de culpa que las traducciones, estos poemas son espíritus esenciales en otro cuerpo, casi una descendencia. Sorteando milenios, el espíritu del poeta y mercenario Arquíloco -“Corazón mío [...] no te niegues a un nuevo encuentro cuerpo a cuerpo” (p. 25)- se concreta y constela con sus iguales: Minermo -“cuando los años nos conviertan en algo lamentable”- (p. 26), Teogno de Mégara, Rufino y algún anónimo convidado a la mesa por rondar el mismo tema. Inspiraciones o resonancias, este cuerpo de poemas enarbola la imagen del cuerpo ostensible y vivo en pleno tránsito y con algo más de tiempo que aprovechar: quien va a cantar “la tersa espalda, / la constancia de los pechos, / la vainilla, / y el amable almíbar de su sexo” (p. 28). Se sigue encontrando con ese cuerpo libre de todo resumen, incluso del amor.

La tercera sección se llena de “Otros” poemas. Unos son “barrocos”, templados sobre las ruinas progresivas que ahuyentan de la tierra la vida -“Es lo que queda del aire. Nada” (p. 38)-; algún poema queda entre los “herméticos” como tratándose de una categoría cortés que aliviana la responsabilidad antes de su ojeada, quizás al lector, quizás al escritor. El resto de la sección incluye un *ars poética* sobre la insatisfacción que implica esa aproximación que nunca alcanza: “no llegamos a lo que sentimos” con ese intento infinito que insiste en ser poema, obra de un “don mezquino” (p. 39). Cierran el libro un par de poemas en torno a Confucio y sus palabras, otro legado *poundiano* preferido por la elevación y la revelación, ingre-dientes logopeicos

de la poesía. La intertextualidad en los poemas no es una red vacía sino un tendido de gracias recibidas a lo largo de su trayectoria como lector y esteta.

Oliveros imbuyó a los grupos de poesía de los años 80 caraqueños (*Tráfico* y *Guaire*) con versos pasados por las calles de la ciudad y por las ventanas de la casa, sin dejar de visitar las veredas y los zaguanes. Aquellos predios urbanos y domésticos, más íntimos que masificados -como en *El sonido de la casa* (1983)-ahora se prolongan en la vastedad oculta del cuerpo... pues “el reino de los cielos y los infiernos se alberga en nuestras entrañas”. Queda la literatura como una tradición, de donde se viene y hacia donde los dioses permiten el paso si se les ha tributado la virginidad de las páginas en no pocas noches.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Oliveros, A. (1983). *El sonido de la casa*. Caracas: Monte Ávila.

----. (2002). *Diario literario 1999*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación. UCV.

Pound, E. (1977). *El ABC de la lectura*. Buenos Aires: De la flor.